

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Amelia Macía Martínez

Mirna Solera Sánchez

MI AMIGA AMELIA

Desde que era pequeña siempre tuve claro cual era mi sueño: llegar a ser periodista. Me parece entrañable y casi un milagro poder contar con palabras la vida de una persona y que éstas puedan llevar a la reflexión o incluso a la emoción. Por este motivo cuando se me ofreció la posibilidad de participar en este concurso no lo dudé un instante.

Entrando en la residencia con los nervios propios de quien empieza un trabajo nuevo o se adentra en una nueva experiencia me encontré con Amelia. Enseguida abrió sus brazos y me inspiró un deseo de saber más, de escuchar, sentía la necesidad de que me contara sus experiencias, su vida. Sus ojos verdes transmiten ternura e incluso inocencia pero su rostro habla por sí solo. Sabía que me encontraba ante una mujer con una vida dedicada por entero a su familia y sobre todo a una vocación que llevaba dentro desde muy pequeña. Dicen que la profesión se lleva dentro y en el caso de Amelia así era. Al ver a esta encantadora señora es fácil cerrar los ojos e imaginarla impartiendo clase a los niños. Explicando con la misma claridad que ahora me cuenta sus vivencias la lección del día. Pero las cosas no fueron del todo fáciles.

En el pequeño pueblo de Albatera en Alicante nació nuestra protagonista, de familia acomodada tuvo una infancia tranquila rodeada de sus padres y hermanos. Comenzó sus estudios que tuvieron que verse interrumpidos por el periodo en el que España se vio inmersa durante la Guerra Civil. Hecho que no la desmotivó más bien al contrario le animó a seguir su trayectoria con el presentimiento de que pronto los españoles pasaríamos ese periodo de oscuridad. Albatera apenas sintió los azotes de la guerra. En este pequeño municipio la gente se toleraba y vivía en armonía dándonos a todos (y muchos de ellos entonces lo necesitaban) una lección de tolerancia. Terminada la guerra y siendo Amelia ya una mujercita con apenas 18 años recibe el título de Maestra. Le ofrecieron un trabajo a unos kilómetros de su pueblo pero la vida entonces no era fácil y tuvo que recorrer a pie esa distancia con tal de llegar a su casa todos los días con la satisfacción de haber cumplido con un trabajo tan hermoso como es el de formar personas y asentar en ellas unos valores que gracias a ti aprenden y con suerte nunca olvidan.

Conoció al que sería su futuro marido, un joven atractivo de familia humilde del que se enamoró y con el que contrajo matrimonio. La familia de Amelia al principio no vio con buenos ojos esta relación, pero pronto vieron que se trataba de un hombre noble y bueno para su hija. Fruto de este amor nacieron sus tres hijos. Debido a su trabajo tuvo que abandonar su pueblo y a sus padres y marcharse con su marido y sus hijos a Alicante donde comenzaron una nueva etapa. Todo marchaba de maravilla, estaba haciendo lo que realmente le gustaba. Pero la vida no siempre es justa y de vez en cuando nos da duros golpes que cuestan superar pero con fuerza y ganas de vivir todo se supera.

Con cuarenta y cuatro años enviudó. Se quedó sola con tres hijos y un único sueldo. Pero esto no supuso obstáculo alguno para una persona que con un gran afán de superación ejerció de padre y madre para sus hijos y cuidó de que no les faltara nunca nada. Siempre luchó para que tuvieran un futuro y lo consiguió transmitiendo a una de sus hijas su vocación de maestra. Luchadora incansable siguió trabajando y viviendo por y para su familia. Hasta que la vida volvió a ser injusta con ella y le arrebató a su único hijo varón. Una vez oí decir a mi abuela “si existe Dios, que injusto es”.

Quizás sea difícil entender porque a alguien tan buena y luchadora como ella la vida no la ha recompensado. Desgracias como estas la hicieron crecer, hacerse fuerte y convertirse en la persona que tengo hoy aquí, frente de mí. Tras haber terminado mis entrevistas y haber conocido a Amelia puedo decir que ha valido la pena todo el esfuerzo. He conocido a una persona entrañable y luchadora. Quizás la historia no sea un precioso cuento de amor o de terror pero es la historia real de toda una vida. La vida de una persona que se ha ganado mi admiración y respeto. Que me ha dejado fascinada con su historia y me ha hecho reflexionar sobre nuestros mayores. Todos ellos tienen historias increíbles por contarnos algunas incluso nos sorprenderían y si nos



Recordar, compartir, aprender

paráramos a escuchar, a dejarles hablar y les entenderíamos un poquito más nos haríamos más humanos y aprenderíamos que todos nosotros tarde o temprano nos haremos mayores y buscaremos que nos traten con el respeto y la admiración que nos mereceremos, empecemos nosotros por enseñar lo gratificante que es pasar tiempo con nuestros mayores.

Mi gratitud y reconocimiento a Amelia Macia Martínez por haber hecho posible este artículo y a la colaboración de la residencia “Novaire Condomina” por su atención y dedicación.